

EDITORIAL

UN ASPERO AÑO OLIMPICO

Desagradable en verdad la ambientación con que se inicia este nuevo periplo olímpico. La crisis prevista en las páginas de esta Revista —en ocasión de los Juegos de Invierno de Grenoble— y por los mismos motivos que entonces inspiraron nuestro editorial, ha cobrado ahora en Sapporo especial acritud: Una de las más relevantes figuras del esquí mundial, el austriaco Schranz, ha sido descalificado antes de poder trazar sobre la blanca nieve los surcos victoriosos de una casi segura medalla olímpica...

Lamentable ciertamente que al juicio inapelable y deportivo del cronómetro, haya precedido el veredicto de una fría legislación burocrática. Lamentable también que sobre el "podium" de los vencedores olímpicos, se alce la incógnita de lo que hubiera podido suceder si el descalificado esquiador austriaco hubiese participado. Pero es mucho más lamentable, las profundas motivaciones que han llevado al C.O.I. a adoptar tan drástica medida y la ola de desatadas pasiones provocada dentro y fuera del ámbito deportivo.

Es indudable que las actuales exigencias de rendimiento a alto nivel de competición, comportan a su vez unas cotas de entrenamiento de tal intensidad, que sólo con una casi total dedicación se pueden alcanzar. Es lógico también que la juventud quiera vivir ardorosa y febrilmente SU PRESENTE, prescindiendo de mitos, frases hechas, y prejuicios trasnochados, pretendiendo obtener HOY el fruto de los sacrificios y renunciias de un ayer todavía cercano. Pero también es cierto que la injusta intransigencia con unos postulados admitidos voluntariamente; el desmedido afán de lucro en una actividad, como la deportiva, que es patrimonio de todos y no sólo de una minoría selecta y la absurda egolatría de unos hombres que no saben digerir los éxitos de sus victorias, no pueden ni deben obscurecer los altos valores sociológicos y pedagógicos del deporte, socavando los cimientos de un empeño humano en el que tradicionalmente se han venido cantando las excelencias de una entrega a la que no se ponía precio.

Estamos asistiendo, quizás sin percatarnos de ello —peligrosa miopía histórica— a una radical e irreversible transformación de las estructuras de un "status" social evidentemente en crisis, y el deporte no podía quedar marginado, como fenómeno social integrado en nuestro tiempo, de las bruscas sacudidas de una etapa revolucionaria. No seremos nosotros los que vetemos todo lo que de positivo pueda entrañar una evolución hacia adelante, hacia algo mejor, pero nunca podremos estar de acuerdo con destrozar lo que existe para empezar desde atrás. Es posible que el C.O.I. haya caído en un trasnochado y excesivo puritanismo —a todas luces preciso de una urgente actualización— pero lo que sí es indudable es que el triunfalismo nacionalista, la carencia de auténticas responsabilidades vocacionales y el escaso valor humano de tantos "ídolos de barro" están obscureciendo el futuro luminoso de una manifestación multitudinaria que enlazaba hasta ahora a todos los hombres sin distinción de credos religiosos ni ideas políticas... La demagogia en sus distintas versiones —sea la irracional discriminación racial en algunas de las versiones olímpicas, como el vindicativo exhibicionismo del "poder negro" en las Olimpiadas de Méjico, como el desmesurado recibimiento del esquiador austriaco Schranz en Viena— no tiene cabida en la imagen que del deporte y el olimpismo debe tenerse.

Nos tememos que de seguir por estos cauces, este año olímpico nos depare la desagradable visión de unas palomas en Munich que no puedan volar porque lleven plomo en las alas.

J. G.